

Un día se encontró Soto Borda con el inspirado poeta Eduardo Echeverría; éste le contó la amenaza de esos vecinos de Las Cruces y aquél le dijo:

—Ala, no me voy ahora para Las Cruces, porque no tengo plata; pero apenas levante siquiera cinco pesos me voy para allá y verás que no me pegan.

—No vayas, que te curten—le aconsejó Echeverría.

—Verás que no me pegan.

Apenas Soto Borda consiguió cinco o diez pesos, se fué una tarde para Las Cruces. En la propia esquina de la plaza había en ese tiempo una cantina que se llamaba *La Rueda Pelton*; a ella penetró Soto Borda con la mayor impavidez, se situó en uno de los reservados y pidió una botella de cerveza.

Cuatro o cinco individuos que lo habían visto entrar, alzaron la cortinilla, asomaron la cabeza y uno de ellos le gritó:

—Señor Soto Borda, salga, que tenemos que hablar.

—Entren ustedes y se toman un trago conmigo—contestó Clímaco.

—Salga a la esquina para que nos peguemos!—insistió el otro.

Y Soto Borda, sin inmutarse, le dio esta contestación, que fue acogida con las carcajadas de quienes estaban resueltos a apalearlo:

—No podemos quina porque no s

Una caja de col vadeneira era un c necía a una de las la capital.

Existió el seño tiempos en que—r genio se daba silve surgían a porrillo.

Ni que decir h don Tomás le dicta dezas y no pocas sus compañeros.

En aquella épo ficó de «tiempo de sabían hacer versos pero hay que disti dos *sabían* hacer v aunque no lo sepa así sale ello.

Estaba una vez de paseo en la hac ñía de su íntimo a bal Galindo, y dete gada en canoa, río

Eran apenas la de esas mañanas d necer de tierra cal un derroche de luz